



PREGÓN A SAN JUAN BAUTISTA

Ramón J. Díaz Pérez

Presentador: Juan F. Díaz Pérez

Alosno, 23 de junio de 2008.

A mi familia

PRESENTACIÓN AL PREGONERO DE SAN JUAN BAUTISTA DEL 2008

Muy buenas noches a los señeros y otros amigos.

Agradecer en primer lugar a Santiago las palabras que con su habitual maestría y talento me ha dedicado.

No quería tampoco desaprovechar esta ocasión para dar la bienvenida a esta nueva Junta de Gobierno de la Hermandad de San Juan Bautista que afronta con tanta ilusión estas fiestas.

El inicio de esta historia se remonta a los primeros días del presente año cuando el pregonero, con una sonrisa inequívoca de que algo grande había sucedido, me comunicó la noticia.

Había sido propuesto para pregonar las fiestas de San Juan. Pocas cosas podían hacerlo tan feliz y pocas podían llenarme a mí de tanta ilusión.

Pero mi euforia se mezcló rápidamente con intranquilidad al ver que los familiares que me rodeaban me señalaban automáticamente como su presentador.

Y aunque no me manejo con soltura en estas labores, la alegría que sentía al ver a Ramón cumplir su sueño, venció mis miedos.

A Ramón me unen dos lazos que compiten en importancia:

El familiar, de todos conocidos, y una amistad larvada a lo largo de más de 3 décadas, renovada y reforzada día tras día.

Es este segundo nexo de unión el que nos ha permitido compartir y disfrutar juntos de la mayor parte de nuestras vivencias Sanjuaneras y creo que es el motivo de que me haya elegido para la tarea de esta noche.

Al pregonero todos lo conocéis:

Nació hace 40 años en el número 17 de la calle Iglesia. ¡Imposible no ser Sanjuanero!. Y es que habiendo crecido en tan privilegiado lugar, San Juan te salpica, te envuelve y te embauca.

Y así desde que cuando tenía tres años, alguien inmortalizó sus anhelos en una fotografía de incipientes colores, vestido de Cascabelero, su vida ha discurrido siempre de la mano del Patrón.

Recuerdo aun con claridad su felicidad al formar parte del coro infantil y poder danzar al lado de aquellos Cascabeleros Viejos en los que se veía reflejado.

Llegaron después los años en los que la devoción desbordada por la juventud había que saciarla bajo el paso. ¡Y fue costalero!

Poco tiempo después, quizás en el mejor momento que podía llegar, vino la papeleta milagrosa. Cinco años derrochando alegría y orgullo en cada folía, en cada paso al ritmo de cascabeleras.

Para sorpresa de todos los que le rodeábamos, incluso para él, no tardó mucho en volver a vestir faja y banda, pero esta vez dejando a un lado los palillos para cargar con tambor y gaita a la cabeza de la procesión, poniendo ritmo y música a la danza.

Fueron años que aprovechó para sembrar la semilla de lo ilusión por ser tamborilero de San Juan, semilla de la que aun hoy seguimos recogiendo frutos.

En los últimos tiempos pasó a ser otro de los muchos Sanjuaneros anónimos que estrenan camisa y empujan carrito, sin dejar en ningún momento de vivir intensamente la fiesta.

Cómo no agradecerle además el haber sido durante todos estos años el animador por excelencia de nuestras benditas tardes de Vísperas ayudado de su inseparable guitarra.

Creo que hoy tenemos la posibilidad de escuchar pregonar las Fiestas de San Juan a la persona que ha vivido y disfrutado de éstas desde los más diversos enfoques.

Y es que Ramón ha sido un Sanjuanero privilegiado por méritos propios. Su relación con San Juan es una relación de sueños cumplidos.

Esta noche se hace realidad otro de ellos, quizás el más importante para él.

Lo veréis reflejado en el brillo de sus ojos, en su sonrisa mezcla de felicidad e inquietud.

Yo hace meses que se lo vengo notando.

Os dejo con las palabras sabias y llenas de ilusión de mi amigo del alma: **RAMÓN DÍAZ PÉREZ.**

JUAN F. DÍAZ PÉREZ

**Dicen que tiene el verano
de la primavera, celos;
de sus luces, de sus flores,
de su aire, de su cielo;
de sus múltiples colores.**

**De no ser nunca testigo
de la pasión de Jesús
cuando lo llevan cautivo
para morir en la cruz
sin haber dado motivos.**

**Lamenta que nunca asista
a los encuentros de María
con San Juan Evangelista
mientras llora su agonía
perdiendo a su hijo de vista.**

**De que no ha visto jamás
los ojos llenos de llanto
cuando la Calle Real,
la tarde del Viernes Santo,
ve a su “Vecino” pasar.**

**De encontrarse siempre ausente
cuando abril se va agotando
y se nota en el ambiente
que mayo ya va llegando
con un color diferente.**

**De sentirse muy distante
cuando una noche de Cruz
las palabras se hacen cante,
la luna tiene otra luz
con un brillo más radiante.**

**De no escuchar panderetas
y perderse los detalles;
de no divisar la silueta
de los hombres por las calles
con corbata y con chaqueta.**

**Dicen que también se queja
de no percibir el embrujo
que derrama una pareja
trazando en el llano un dibujo
que ningún pincel refleja.**

**De no disfrutar la virtud
de la mujer alosnera,
centinela de la Cruz,
protagonista de veras,
motivo de gratitud.**

**De no sentir el aroma
que deja el final de mayo
y Alosno entero se asoma
cuando desfilan caballos
con jinetes y amazonas.**

**De no saber como es
la Danza de San Antonio,
ni tampoco poder ver
que la espada es testimonio
de ser danzante de fe.**

**De nunca haber despertado
esa mañana que anuncia
a Jesús Sacramentado
sobre una alfombra de juncia
bajo Palio custodiado.**

**Y dice la primavera
a su pariente el verano:
“no digas eso de veras;
tus celos deben ser sanos.
Yo te voy a ser sincera:**

***Me siento muy orgullosa
de ver nacer a las flores,
de mis fiestas tan vistosas,
de mi brillo y mis colores,
de mis tardes luminosas;***

***pero está escrito en mi sino
que mi suerte es pasajera;
¡lástima de desatino!,
que en las tierras alosneras
si tú empiezas, yo termino.***

***Yo me tengo que marchar
con las primeras calores,
cuando se empieza a notar
que Alosno derrama amores,
porque San Juan va a llegar.***

***Antes de irme te dejo
mis mejores flores listas
para realzar el reflejo
de la imagen del Bautista
y las luzca en sus festejos.***

***Te quejas de la alegría
que derraman mis tres meses
pero te sorprenderías
si supieras cuántas veces
anhelo tus primeros días.***

*Sueño que un día llegará
y podré compartir contigo
oír juntos la Alborá
y a una voz, desde un postigo
decir un “viva” a San Juan.*

*Quiero en mi mente guardar,
como si fuera un tesoro,
el recuerdo de admirar
los Cascabeleros en coro
en la Casa de Hermandad.*

*Nunca escuché una folía
ni un cascabel al rodar,
ni viví la fantasía
de ver los niños danzar
rebosantes de alegría.*

*Yo no entiendo de alfajores
ni de tortas ni aguaillos,
ni de flautas ni tambores,
ni de fajas ni palillos,
ni de llantos ni sudores.*

*Jamás pude admirar
ese abrazo verdadero
cuando acaban de bailar
el Parao los Cascabeleros
poniendo el punto y final.*

*Pero mientras la vida exista
seguiré con la ilusión
de alegrar un día mi vista
y gritar en la procesión
¡Que Viva San Juan Bautista!.”*

Real e Ilustre Hermandad de San Juan Bautista, representantes de las distintas Hermandades y Asociaciones religiosas y culturales que hoy nos visitan, distinguidas Autoridades, queridísimo pueblo de Alosno, amigos y amigas ¡Buenas noches!

Con el permiso de todos ustedes, quisiera dedicar este humilde pregón a mi familia. Gracias a ellos y a sus ánimos estoy hoy aquí subido. Son muchas las horas que les he robado de su tiempo para poder escribir estas sencillas palabras que les voy a brindar esta noche.

No puedo dejar de seguir la línea habitual de este tipo de actos que no es otra que la que marca que el pregonero agradezca las palabras de su presentador, cosa bastante difícil para mí por tratarse, como él mismo ha dicho, de mi hermano e íntimo amigo a la vez.

La mañana del pasado 6 de enero, cuando aún estaba Alosno alfombrado de papelillos, serpentinas y caramelos debido a la visita de los Reyes Magos de Oriente recorriendo nuestras calles, mi Rey preferido, Baltasar, encarnado en la persona del flamante Hermano Mayor de la Hermandad de San Juan Bautista, mi entrañable amigo Sebastián Borrero, me ofreció el regalo de poder pregonar a San Juan esta noche delante de mi pueblo. Mi respuesta inmediata ante tan suculento obsequio fueron las mismas palabras que le dije cuando, unos días antes le había llamado para felicitarle por su reciente elección: “Cuenta conmigo”.

La primera imagen que se me vino a la mente, después de intentar asimilar tan importante reto, fue la de mi hermano presentándose. Sé de sobra que él no es muy dado a este tipo de apariciones en público, pero también sabía que no se negaría a mi petición, ya que nuestras vidas han estado constantemente ligadas a todo cuanto huele a Alosno, y siempre con nuestro San Juan por testigo. Ese al que desde pequeños hemos tenido por vecino; ese al que tanto y tanto le hemos llorado, le hemos cantado, le hemos bailado. Ese que cada día inculcamos a Inma, Juan Carlos y Candela para que se acerquen a Él con la misma ilusión que nosotros nos acercábamos de niños.

Muchísimas gracias querido hermano, y muchísimas gracias querido amigo por esas inmerecidas palabras que me acabas de dedicar y que estoy seguro son más el fruto de esa amistad imperecedera que día tras días ha reforzado nuestra relación fraternal que producto de la objetividad. Gracias por haberme dejado aprender tanto de ti, por poner siempre la nota de cordura cuando otros casi rozábamos el fanatismo, por tu saber estar ante cualquier situación, ante las duras y las maduras, y gracias por estar aquí esta noche prestándome todo tu apoyo y tu tranquilidad externa, aunque sé que por dentro las mariposas que hacen cosquillas en el estómago te estarán recordando que dentro de pocas horas San Juan se paseará radiante por las calles de Alosno y que antes tu hermano tendrá que salir del difícil trance en el que está inmerso. De todo corazón, gracias.

Desde aquel día de Reyes un hormigueo que recorre todo mi cuerpo me ha acompañado de manera ininterrumpida durante estos cinco meses y medio. Les puedo asegurar que en este preciso instante ese hormigueo ha alcanzado su estado más elevado. La razón es elemental: sabía de sobra al desafío que me enfrentaba y me daba cuenta del compromiso que me echaba encima.

De una parte se apoderaba de mí el miedo escénico, el no saber cómo estar y, sobre todo, qué decir delante de mi pueblo el día más importante de todo el año para un alosnero. Como muchos de ustedes saben me he subido a un escenario cientos de veces, pero la mayoría ha sido escudado tras mi guitarra y en un segundo plano, por detrás de la figura de un cantaor. Pero esto se aventuraba como algo totalmente distinto.

De otro lado el respeto que me merecen los muchos y muy buenos oradores que me han precedido en esta tribuna me hacía llenarme de temores; sin embargo acepté el reto y aquí me encuentro, procurando que durante un rato, que he intentado que no sea muy largo, podamos compartir vivencias sanjuaneras.

Treinta y nueve han sido los pregoneros que han ocupado antes que yo este estrado desde el año 1967. Cada uno ha ido dando su visión más o menos extensa de San Juan Bautista y de Alosno. Unos se decantaron más por la parte religiosa; otros optaron por la tradicional; otros sacaron lo mejor de una y de otra para versar sobre lo humano y lo divino que rodea a estos días mágicos.

Yo les voy a hablar de mis distintos puntos de vista sobre nuestras Fiestas Patronales. Y hablo en plural porque he tenido la dicha de vivir San Juan desde cuatro perspectivas diferentes: llevando el Paso, vestido de cascabelero, tocando el tambor y, los últimos años como la mayoría de los alosneros lo disfrutamos, admirando la fiesta como un espectador lo más activo posible que se recrea en ese conjunto indivisible que forman la danza, el tambor, el Santo y el pueblo.

Pero no he querido estar solo en este escenario compartiendo con ustedes mis vivencias. Me apetecía acompañarme de los niños, niñas y jóvenes de Alosno, con quienes tantas y tan buenas horas he pasado y a quienes de manera especial me gustaría tener la enorme satisfacción de convertir en protagonistas de excepción de esta noche.

Quisiera solicitar la presencia de José Salguero, Antonio M^a Jara, Francisco José Sobral, Benito Serrano, Juan Antonio Borrero, Juan Bautista Blanco, Manuel José, Rocío Torrado y María Isabel Serrano, para los que les pido una calurosa ovación.

Ellos y ellas son una representación de la juventud alosnera. Esa juventud que acaricia entre sus manos el presente y el futuro de nuestro patrimonio cultural. Que saben beber del manantial puro y limpio que sus antepasados le legaron. Un manantial cargado de músicas, de letras, de fiestas, de tradiciones, de ritos, de sabiduría popular. Un manantial que fluye por nuestras calles, por nuestras casas, que día a día debemos inculcarles para que conserven y disfruten el tesoro que heredamos de generaciones pasadas y que, seguro, llegará con toda su esencia a las generaciones venideras.

A esos niños y niñas a los que su pueblo, en estrecha complicidad con su madre natural, los arrulla entre sábanas de algodón con una nana por fandangos en una calurosa noche de verano; les habla de la Pureza de la Virgen mientras la llama de las Jachas ilumina la noche de la Inmaculada; les dice que Constanza le llevó un caldero de leche al niño de Dios que estaba tiritando en un humilde portal, que los Reyes Magos de Oriente, con un parecido asombroso con vecinos o familiares, les traerán la ilusión la noche del 5 de enero a lomos de los camellos que las artesanas manos del niño con más edad de Alosno mimaba cada año con esmero.

Que la mejor manera de aliviar una fría noche de enero es arrimarse a cualquier Luminaria y contemplar el paso de las caballerías encomendándose a San Antonio Abad para que las prevenga de posibles males.

A esos niños y niñas que saben que cada Semana Santa Soledad llorará por la amargura de ver a su hijo Crucificado; que la Virgen, encarnada en Dolores, recorrerá las calles de nuestro pueblo atendiendo a las indicaciones precisas de Juan el Evangelista buscando desesperada a Jesús que camina con el madero a cuestas, clavado en la Cruz o atado a una columna después de llegar de su ermita de la calle Real, donde regresará el Viernes Santo para servir durante el resto del año de amigo, confidente y consejero de los numerosos fieles que lo visitan.

A los que una noche de principios de mayo se disponen a cumplir con el rito ancestral de la Cruz, cuando los ecos de las panderetas redoblen de la misma manera que lo hacen desde hace siglos, cuando el son de las guitarras hagan con sus punteos la música más cautivadora, cuando la magia de las Colás se ilumine con la belleza de la mujer alosnera, cuando el llano se convierta en el centro de las miradas, cuando las calles se llenen de cantes, de canastos, cuando a las claras del día se sienta la nostalgia de que ha durado solamente un instante lo que se sueña durante tanto tiempo.

(Punteás)

A aquellos niños que sienten junto a San Antonio la pasión por el caballo con la misma ilusión que baten sus espadas al aire en honor de su Santo Protector.

A aquellos que desde muy pequeños han escuchado el repicar de los cascabeles como una parte más de las músicas de nuestro querido pueblo.

(Cante por fandangos)

**San Juan le Dice a la Virgen
con respeto y devoción:
“¡Dios te salve, Luz del día!,
de Alosno soy el patrón,
el veinticuatro es mi día”**

**Lejos de Huelva oí cantar
un fandanguillo alosnero;
no lo pude remediar
mis ojos se humedecieron
y terminé por llorar**

**Cayó una estrella del cielo
y se fundió la mañana
con el verdor de los campos
y el sonar de una guitarra;
entonces, nació el fandango**

**Pasar una noche en Alosno
es una noche de rumbo;
con aguardiente y fandangos
ya se puede acabar el mundo
que Alosno sigue cantando.**

Con la ayuda inestimable de D^a María Satué, mi madre me trajo al mundo en el número 17 de la calle Iglesia, una mañana otoñal del 4 de diciembre de 1967, justo cuando por la puerta de los novios, enfrente de mi casa, Santa Bárbara salía en procesión a hombros de sus mineros.

Sin embargo mi primer recuerdo vivo de algo relacionado con la Fiesta Grande de Alosno se sitúa en la calle Barrios, en la puerta de la Inés de Pepito. Yo sentado en el paso de San Juan, haciendo sonar con mis manos los cascabeles que lo adornan después de que José el Loquillo me hubiera subido. No sé concretamente a qué año se remonta, pero como todos ustedes saben la costumbre en nuestro pueblo marca que los niños se suban al paso de nuestro Patrón para que aprendan a hablar pronto. Sí que tengo una foto de la procesión del año 1971, de la que mi hermano ha hecho referencia en su presentación, vestido de cascabelero en una empedrada calle Iglesia.

Creo que el hecho de nacer y vivir en la calle Iglesia y el que mis padres se hicieran cargo de la repostería del Círculo Alosnero cuando yo contaba con tres años marcaron mi futuro en gran parte de lo que concierne a Alosno.

El Círculo, sin lugar a dudas, me hizo descubrir mi gran afición: la guitarra. No podría ni hacer una aproximación de las horas que escuchaba, sin perder “puntá”, las sonantas de Sebastián Perolino, de Juan Díaz, de Antonio Abad Garfia, de Silvestre Morón.

Allí me llevaba las horas muertas, embobado mirando las manos del tocaor de turno, memorizando de oído para que cuando la tranquilidad volviera, intentar ejecutarlo en mi guitarra. Eran años en que la banda sonora que me acompañaba día sí y día también rememoraba los sones más ancestrales de Alosno al tiempo que se me abrían las puertas a todo el universo musical de nuestro pueblo: tonas de quintos, del pino, de trilla, coplas del Niño, seguidillas y, por supuesto EL FANDANGO, en cada una de sus más diversas modalidades.

Para los niños de aquella época, mediados de los setenta, la calle Iglesia se convertía en el improvisado polideportivo que en aquellos tiempos no existía. Lo mismo se jugaba al tenis, al frontón, fútbol, baloncesto, que a otros deportes menos “olímpicos” como podían ser los bolindres, el trompo, carrasquiña, primera pólvora, la tángana.

Por las tardes del mes de junio, después de mirar con detenimiento en el colegio el ensayo de los que nos llevaban un par de años que ya tenían la suerte de poder bailar oficialmente, y robarles algún paso que nos faltara, nos íbamos al puente de la Fábrica, y allí debajo, sin más acompañamiento musical que el tarareo o el silbido de alguno de nosotros, hacíamos nuestro particular ensayo. Allí se corregían posibles fallos en las mudanzas, se aprendía a mantener la distancia con el de delante, a bailar con el cuerpo erguido y la cabeza alta, y así nos pasábamos la tarde, vuelta tras vuelta, jugando a ser cascabelero.

(paso calle y mudanzas)

En 1978 tuve el honor de vestirme por primera vez de cascabelero de manera oficial. Fue mi primer año en el coro infantil.

Ese año se colocaron varios pinos repartidos por distintas calles del pueblo, decidiéndose que cada noche se haría el ensayo alrededor de uno de ellos. Recuerdo algunos instalados en medio de los dos paseos, en la ermita del Señor de la Columna, en la calle Humilladero o en el Montecillo el Señor.

Precisamente este último fue el lugar elegido para la primera noche. Imagino que la voz no se correría lo suficiente porque llegada la hora prevista para el ensayo solo aparecimos allí Andrés Ceto, mi inseparable compañero de mudanzas, folías y fandangos paraos, José Ángel Mendoza y yo. Tras un rato de espera y charla con los vecinos de la calle y viendo que no vendría nadie más, el bueno de Andrés nos animó a que bailáramos un parao los dos, para que no se quedara ese día vacío de ensayo. Cuantas veces hemos recordado aquel momento mágico en que descubrimos la grandeza de bailar uno frente a otro mientras la flauta de aquel músico polivalente derramaba los sonos que solamente él sabía imprimirle.

Seguro que cada 24 de junio todos los cascabeleros que se fueron a vivir al barrio que está detrás de las estrellas formarán a su alrededor un coro celestial celebrando una fiesta paralela con la misma emoción que lo hacían antes de partir.

Les decía antes que el otro hecho que marcó mi vida como alosnero fue el nacer en la calle Iglesia, meollo y centro neurálgico de todo lo concerniente a San Juan.

Allí, cualquier 23 de junio de aquellos lejanos años, alertado por el estruendo de los cohetes lanzados desde distintos puntos del pueblo, me asomaba al postigo de mi casa, en compañía de mi hermano, para ver, sin tener que ir a ningún sitio, todo lo que se cocía en la casa hermandad. Años de poca gente, casi ninguna. Con decirles que los toques de vísperas se limitaban a escuchar el tambor en la puerta de la hermandad casi en familia para, acto seguido dos cascabeleros (recuerdo a Benito Carrasco y Santiago el Loquillo o a la pareja formada por Dominguito y Pepe Toronjo) bailar el fandango parao y a continuación tomar unas copas de aguardiente.

Sin embargo en el ambiente se mascaba que algo especial estaba a punto de pasar. La manera de saludarse aquella gente, el dejillo tan característico de decir los vivas a San Juan, los abrazos, la forma de escuchar en silencio mientras el tambor, la flauta, los cohetes y las campanas ponían el acompañamiento sonoro al momento hacían presagiar que cada vez estaba mas cercano el día, que los nervios se iban desbocando, que faltaban horas para poder disfrutar de la presencia del Santo Patrón.

A medida que han ido pasando los años la afluencia de personas el día 23 a los alrededores de la Hermandad se ha multiplicado de manera formidable. El encanto del acto se mantiene igual que antes, pero cada vez más gente disfruta de lo mágico de ese día. Siempre he dicho que es el día del año donde se viven verdaderos momentos de HERMANDAD.

La alegría de la víspera se comparte y se reparte a diestro y siniestro, sin distinción de ningún tipo, unidos en un mismo entusiasmo: el de saber que estamos en las mismas puertas de la gloria.

Esa alegría se ha visto reforzada en los últimos años con la llegada del autobús de emigrantes desde Barcelona. ¡Qué momentos de intensidad se viven!; la impaciencia en los rostros de quienes esperan a sus seres queridos, la satisfacción de aquellos que después de muchas horas de viaje se ven recompensados con el recibimiento caluroso de su pueblo a las mismas puertas de la Casa Hermandad.

Esas mismas caras, esas mismas miradas las pude contemplar el mes de abril de 1999 en el acto de hermanamiento del Ayuntamiento alosnero con el Centro Andaluz “Casa de Huelva” de Hospitalet de Llobregat.

Muchas han sido las veces que he tenido el enorme orgullo de representar a Alosno fuera de nuestros límites, pero sin ningún lugar a dudas allí fue el sitio donde más cerca sentí Alosno, a pesar de los 1200 Km. que nos separaban de nuestro querido pueblo. Aquella fue una noche mágica. Después de una emotiva presentación a cargo de Santiago Osorno digna de pasar al libro de oro de Alosno y de un magistral recorrido por el extenso patrimonio musical alosnero que dejó a propios y extraños maravillados de lo que allí oían aparecieron en el aire los sonos de la flauta y el tambor que daban paso a la entrada en el reducido escenario del grupo de Cascabeleros.

El abarrotado local de la asociación, donde no cabía ni un alfiler, se venía abajo al sentir los primeros zapatazos en la madera del suelo. Los “Vivas” a San Juan, a los Cascabeleros y a Alosno se sucedían, se agolpaban, se mezclaban, impregnando el aire catalán de un aroma que decía que Alosno estaba allí presente, que la distancia no es el olvido, que todo lo que tuvieron que abandonar por necesidad un día

aparcado en un rincón de su pueblo se mantenía intacto, con la misma pureza que lo habían dejado décadas atrás. Con la luna como testigo de excepción, la misma luna que esa noche de abril iluminaba el cielo catalán al propio tiempo que derramaba su brillo por las calles de nuestro pueblo, Alosno se fundía en un abrazo con Alosno. El Alosno del día a día y el Alosno de la añoranza, el que se acaricia y el que se anhela, el que se vive y el que se sueña.

*Por muy lejos que te encuentres
te acordarás de este día
te acordarás de San Juan
de tu pueblo y tu familia
Y la voz de tu conciencia
muy fuerte te gritará:
¡quien pudiera estar en Alosno
la mañana de San Juan!*

Pero voy a retroceder de nuevo en el tiempo, acercándome a los años ochenta. Fueron los años de adolescencia.

La mayoría de los que hasta hacia poco tiempo habíamos compartido juntos la experiencia de jugar a ser cascabeleros nos fuimos arrimando a quienes llevaban muchos años sintiendo en sus hombros la grandeza de la procesión. Aquellos mismos a los que tantos 24 de junio vi llegar a mediodía al Círculo con la camisa tenida de rojo por el hombro, fruto del roce continuo con la almohadilla del Paso.

Juan Francisco Macías, Gaspar Delgado, Juan Garfia, Manuel Conde, Bartolomé Cerrejón y tantos y tantos que nos acogieron con la seguridad de que la llama de San Juan seguía encendida; que la juventud se volcaba con todo lo que olía a Alosno con la misma pasión que ellos habían aprendido de sus antecesores. Y esa mezcla de juventud y veteranía funcionó a la perfección en todos los aspectos.

¡Cuántos ratos en la puerta de la Iglesia!, ¡cuántas copas de aguardiente!, ¡cuántos fandangos!, cuantos “alosnero que te pasa”!, ¡cuántas lágrimas!, ¡cuántos abrazos! ¡cuántas vivencias contadas, escuchadas, vividas, sentidas!, ¡cuántos vivas a San Juan!

Y por fin el bendito sonido del cerrojo de la puerta de la Iglesia, la tensión, los nervios, las ganas de ver la cara del Santo, los apretones para entrar. Y, una vez dentro, cada uno, guiado por la inercia de años anteriores o por la mano amiga de quien está al lado buscar su sitio en el Paso, recrearse en la cara de San Juan, verlo a media luz, reflejando su cara el brillo de quien se alegra en el alma de ver a su gente llegar a su casa, y lanzarle vivas con un eco que resuena y se pasea por la bóveda de la Iglesia, manteniéndose en el aire durante unos segundos que más bien parecen una eternidad.

Y de momento, el silencio más absoluto, todas las miradas pendientes de la cara del Santo, y el tambor, como surgiendo de los corazones de quienes se reúnen en la Iglesia, comienza el toque más mágico que pueda oírse. **LA ALBORÁ.**

El tamborilero tiene la dicha de ser el único que en ese instante se puede permitir romper el silencio de las claras del día y decirle a San Juan que ha llegado su momento; que todo está preparado para compartir juntos la mañana paseando por las calles del pueblo.

Cuando finaliza el toque el silencio continua, interrumpido solo por los vivas al Santo que se suceden de uno en uno. Las miradas fijas en los ojos de San Juan y el silencio, poco a poco, se va convirtiendo en un murmullo que se aleja saliendo de la Iglesia y que indica que la Alborá ha llegado a su fin.

(Alborá)

Hasta las 10 de la mañana todo continúa con la misma alegría y emoción que durante toda la noche. Las miradas, enrojecidas por el llanto y el desvelo, se buscan esperando impacientes el momento de la salida. Y por fin Juan Capela gritando: ¡Señores, vámonos!. Los corazones se aceleran, los vivas se hacen continuos. Los hombros se meten con las ganas aguantadas durante toda la noche.

Y de ahí a la puerta, a que le dé el sol en la cara, a que vea a su pueblo que le espera impaciente.

El estruendo de las tracas de cohetes se entremezcla con el sonido de los tambores, las flautas, los palillos, los cascabeles, los vivas al Santo.

La emoción contenida sale desde lo más adentro de los corazones, y mientras, los brazos arriba, en lo más alto, para que a San Juan no se le pierda un detalle de todo lo que está sucediendo a su alrededor, que vea que Alosno le muestra su gratitud por poder verlo un año más sonriendo entre su gente, alegrando la mañana con el resplandor de su cara, con el brillo de su mirada, con la magnitud de su presencia. Él, que ha compartido la noche con quienes ahora llevan su paso, se siente doblemente orgulloso al poder contemplar a sus Cascabeleros que se le acercan una y otra vez dándole las gracias con su danza por sentir la dicha de poder bailarle en su día, de poder ofrecerle sus vivas, sus sudores, sus lágrimas.

*Él sonríe cuando sale
y a todos nos ve bailando
y si miras a tu lado
alguien estará llorando.
Las que se están derramando
son lágrimas de alegría
que se pierden en el aire
con el son de la folía.*

(Folía)

El año 1990 fue especial dentro de mi vida sanjuanera. La suerte me otorgó el privilegio de disfrutar de una ropa de Cascabelero durante cinco años. Mi sueño se había cumplido. Los días previos era un manojo de nervios. No había una sola vez que entrara en mi casa y no me detuviera un momento a admirar la ropa colgada en una silla. Me emocionaba el pensar cuantos antes que yo habían rellenado esa misma indumentaria, la habrían paseado por su pueblo, orgullosos de sentirse Cascabeleros de San Juan Bautista.

Aquel 24 de junio de 1990 me hice más paisano, más amigo, más hermano de quienes durante la procesión nos cruzamos cientos de veces, intercambiando miradas, sonrisas, sudores, lágrimas, bromas, sentimientos, alientos, vivas.

Quisiera hacer una mención a Alonso Valladares, José Jesús Garfía, José Ángel Mendoza, Manuel Vázquez, José y Paco Mendoza, Manuel Brito, Diego Gómez, Manuel M^a Salguero, Francisco Manuel Redondo, Agustín Hermoso, Paco y Fernando Moreno, Joaquín Núñez, Ángel y José Antonio Mendoza. La música surgía de la habilidad maestra de Diego Ceto. Y todos guiados por la serenidad y la experiencia de Antonio Limón como Maestro de Ceremonias. Con ellos compartí la inolvidable experiencia de sentirme por primera vez Cascabelero de San Juan Bautista. De colmarme de gozo en ese coro de las nueve de la mañana, en la casa Hermandad, donde uno se empieza a bajar de la nube de la ilusión para subirse a la bendita nube de la realidad. Con ellos aprendí a vivir la procesión, a disfrutarla, a dosificarla, a sentirla.

“Este año voy a ser
Cascabelero valiente
de esos que van sonriendo
con el sudor por la frente;
De esos que cantando dicen
¡Que vivan San Juan y mi gente
mi guitarra, mi fandango
y mis copas de aguardiente”.

En los cuatro años siguientes fueron apareciendo caras nuevas, parejas distintas, voces diferentes, pero con idéntica pasión, con igual devoción, con las mismas ganas de demostrar a quien estuviera presente en la Procesión que Alosno se viste de Cascabelero cada 24 de junio de igual manera que hace siglos, manteniendo viva la esencia de su danza y realzando con su baile a su Santo Patrón.

He querido hacer un inciso en mi pregón en este apartado dedicado a los cascabeleros e incluir unos versos que ya se dijeron en este mismo escenario hace hoy doce años y que salieron de la inspiración constante de quien, en mi modesta opinión, más y mejor le ha escrito a San Juan: mi querido amigo Antonio Blanco. Desde aquel año 1996 su pregón se ha convertido en mi compañero inseparable en los días previos a la Fiesta y cada año, desde que nació mi hija, se lo leo entre lágrimas.

Sirvan estos versos prestados como merecido homenaje a su autor al mismo tiempo que a quienes han tenido el orgullo de sentirse Cascabeleros de San Juan Bautista, y no solo de los que van con el sudor por la frente. También a los que su corazón siempre les ha dictado que la condición de ser Cascabelero no se obtiene a través de una papeleta, si no que lleva innata desde que Alosno te amamanta :

*Desde muy niño se aprende
aunque aún no se comprende
cómo se baila la danza
en sus distintas mudanzas
y, así, desde muy pequeño
se va realizando el sueño
de un día poder danzar
al Santo Patrón, San Juan.*

*De ponerse el chalequillo
y anudarse los palillos,
de calzarse medias blancas
cruzando al pecho la banda,
la faja y camisa nueva
y las dos cascabeleras,
pantalón con muletillas
con machos en la rodilla,
llevando al cuello amarrao
blanco pañuelo bordao.*

*Entre medio de tu gente
caminando sonriente,
ir danzando por parejas
mientras el Santo se acerca
y al cielo, con alegría,
saludar con la folía.*

*San Juan está ya en la puerta
y las rodillas en tierra
que sin volverle la cara
hay que ir danzando de espalda.
Se va sintiendo el calor
empapado en el sudor
gritando a los alosneros
¡vivan los Cascabeleros!
y responder, orgulloso
¡viva el pueblo del Alosno!*

*Entre inmensa devoción
transcurre la procesión
se deja sentir la cuesta
y hay que beber agua fresca
o el refresco de aguaillo
con sabor de aguardientillo.*

*¡Poned los músculos fuertes,
Cascabeleros valientes!
que viene ya otra folía
y hay que darle más corria.*

*En esas horas intensas
ya no se sienten las piernas
agotados están los brazos
de tanto tiempo ir danzando
y al son de los cascabeles
echan aire las mujeres
dando fuerza a los danzantes
con esos vivas constantes.*

*¡Qué ilusión poder bailar
la mañana de San Juan!
Que ya soy cascabelero
y le doy gracias al cielo
fundiéndome en un abrazo
con el amigo que bailo
y acude a mis ojos el llanto
mirando al glorioso Santo.
y El Alosno, que es su pueblo
a los pies de su cordero
rendió de sentimiento
se hace Cascabelero*

Una vez concluidos mis cinco años como cascabelero me dispuse a estrenar ropa en la procesión. Quería verla desde fuera, como hace la mayoría de los alosneros. Sin embargo, mis expectativas se cambiaron de la noche a la mañana al encontrarme entre mis manos con un tambor y una flauta, y pasé de dejar de ser lo que había soñado toda mi vida a hacer lo que jamás me hubiera imaginado que me sucediera a mí. Ser tamborilero de San Juan.

Lo que en un primer momento veía como otra manera distinta de participar en la fiesta, a medida que iban pasando las fechas la importancia iba creciendo a pasos agigantados. Me daba cada vez más cuenta de que tenía que estar presente en todos y cada uno de los actos que se celebraban sin haberme dado ni tiempo de mentalizarme de ello. La ansiedad la intentaba superar con los ánimos que recibía de la gente cuando pasaba tocando por sus puertas.

Llegaron los ensayos, el Triduo, el Pregón, y fui capeando el temporal temiendo cada vez más que se acercaran las cinco de la mañana del día 24. Lo que antes había deseado tanto, ahora no quería que llegara nunca. Tenía que verme frente a una puerta, con una cantidad impresionante de gente a mis espaldas y hacer sonar la gaita en el más profundo silencio. Sin embargo, los miedos del principio se fueron convirtiendo en tranquilidad a medida que la Alborá iba transcurriendo, aunque por otro lado también me daba cuenta de que se avecinaba el momento de tocar en la Iglesia, delante de San Juan. Cerré los ojos y dejé que mis labios silbarán lo que el corazón me dictaba. Simple y llanamente, mis sentimientos.

Ya sólo me quedaba el último combate, el de la resistencia. A las 10 en punto de la mañana, yo en la esquina de la Manola, San Juan en la puerta de la Iglesia y en medio los Cascabeleros, ese espacio de hombres que tantas veces me había acercado al paso y que ahora me impedía tenerlo cerca, pero que al mismo tiempo me servía de conexión ,de enlace, de unión con todo lo que ocurría alrededor de la Procesión.

Al igual que me ocurrió cinco años atrás, ese año me hice más paisano, más amigo, más hermano de Francisco Manuel Redondo y Manuel M^a Salguero, con los que ya tuve el placer de compartir mis años de cascabelero, Paco Gallego, Francisco Torres, Antonio Juan Carrasco, Francisco Jesús Serrano, Francisco Javier Orta, José M^a Pérez, Julián Macías, Ramón Jesús Mendoza, Andrés Márquez, Francisco Javier Rodríguez, Alonso Mena, Ernesto Vergara, Gonzalo Márquez, Domingo Rodríguez y mi queridísimo amigo Pepe Carrera. A mi lado, calmando mis nervios al mismo tiempo que yo calmaba los suyos, Benito Carrasco portando la vara.

Fueron años muy distintos, con otras responsabilidades, otros horarios, otros compromisos, pero con el mismo sentimiento, la misma devoción y la misma ilusión que cuando bailaba. Un sentimiento, una devoción y una ilusión que cada año se veía reforzada con el estímulo de quienes decidieron seguir mi camino y convertirse en tamborileros de San Juan. Les puedo asegurar, y ellos lo saben, que nuestras miradas de complicidad no se han perdido a lo largo de estos años de sanjuanés.

Pero sin ningún lugar a dudas de lo que más disfruté en aquellos cuatro años que fui tamborilero fue del paso de la procesión por la puerta de mi casa y ver las caras de felicidad de mi gente. Los miedos, los nervios, los temores, los malos ratos de los primeros días se iban convirtiendo en rostros rebosantes de tranquilidad; ellos orgullosos de tenerme allí y yo de contar con su apoyo, con sus ánimos. Eso me llenaba de fuerzas, de ganas para afrontar el último empujón, el de superar los escasos veinte metros que separan mi puerta de la Iglesia y allí, enfrentarme a los últimos instantes de la procesión.

A ese momento en que el sol suelta una lágrima de tristeza, despidiéndose de quién durante las cuatro últimas horas ha competido con él en resplandor. Sabe que hasta dentro de trescientos sesenta y cuatro días no podrá volver a iluminar su rostro de nuevo, así que, asomándose a la puerta de la iglesia deja que algunos de sus rayos entren dentro para servirle de testigo del momento más apoteósico que Alosno puede soñar: la Entrada. Todo cambia de ahí en adelante. Los sonidos son totalmente diferentes a los que hemos estado escuchado durante toda la mañana. El eco de los tambores dentro de la Iglesia se escucha como si se hubiera amplificado por mil su volumen; las flautas silban llenando las bóvedas de música celestial; los “vivas” al Santo, a sus danzantes, al pueblo de Alosno, a los devotos, a costaleros y tamborileros se entremezclan entre sí con los “vivas” que contestan a tantos “vivas”.

El navío que va al mando de San Juan, apoyado en los remos fuertes de sus jóvenes costaleros, navega por un mar de gentes, flotando entre su pueblo. Los cascabeleros, como una marea incesante, son olas que vienen y que van, desde la orilla de la música hasta la profundidad del Bautista, y se alejan y se acercan decenas de veces hasta que, después de la tempestad aparece la calma. El barco llega a puerto, los remos descansan de tan larga singladura, pero las olas, aún algo alteradas por la corriente que tras de sí ha dejado el paso de la nave, van y vienen como por inercia, buscando el remanso de la orilla pero sin querer dejar aún de salpicar con su brisa cascabelera a todos los que allí se reúnen.

El sonido de la vara del Maestro de Ceremonias pone el broche de oro a tanta emoción desbordada. La Iglesia se inunda de sudor y lágrimas, de emoción y alegría, de tristeza y añoranza, de recuerdos y sensaciones, de aromas y esencias, de Alosno, de Cascabeleros, de San Juan.

A continuación a reponer fuerzas y líquidos para, una vez que San Juan se haya recreado con las melodías que sólo Alosno sabe cantarle, ofrecerle el coro del pueblo, de todo el pueblo, grandes y chicos, vestidos o no de cascabeleros que como hipnotizados por el redoblar de los tambores se van reuniendo uno tras otro, mirando siempre adelante, a su cara, y hablándole desde sus adentros para agradecerle tanto disfrute, tanto gozo, tanta alegría. Y Él, que con el permiso de su primo se siente en su día anfitrión de honor de su casa, mira a su pueblo desde la cúspide de su Paso, deseando bajar y meterse en la última folia para sentirse un cascabelero más, pero sabiendo que la despedida ha llegado, que todos se van alejando echando una ojeada atrás despidiéndose de su santo, de su vecino, de su patrón, de su amigo.

Con la nostalgia y el desazón tan recientes, los últimos alientos se reservan para el Fandango Parao en el Paseo. De una manera increíble, después de tantas horas de agotamiento físico aún se saca todo el vigor posible para mirar a tu pareja de Parao y decirle: ¡Vamos a por todas, que es el último!. Los ánimos constantes entre quienes bailan dan cada vez más fuerza y emotividad a los distintos pasos, hasta que tras el último paseillo llega el abrazo final, ese que funde a dos cascabeleros en uno sólo, ese abrazo que resume todo lo que ha ido pasado desde que se oyó el primer cohete. La unión, la alegría, el llanto, la pasión, la felicidad, la emoción. (Fandango Parao)

Antes de despedirme de todos ustedes quisiera que me concedieran un deseo que desde que supe la noticia de que iba a ser pregonero ha rondado mi mente. Quisiera que subiera a este escenario la persona que más colma de felicidad mi vida. A pesar de su corta edad ya sabe compartir aficiones entre caballos y Cruces de Mayo, entre tambores romeros y panderetas, entre Cirochos y Cascabeleros. Tal vez los genes inculcados por su madre, con aromas de Piedras Albas y por su padre, con esencia de San Juan, la hayan convertido en ferviente admiradora de todo lo que huelga a Castillejos y a Alosno. Por favor, Inma.

Porque todavía quedan algunos que no quieren asimilar que San Juan ha entrado, que los cascabeleros han dejado de bailar, que los tambores y las flautas descansan merecidamente hasta el año que viene después de tantas horas seguidas de trajín, y aún sacan fuerzas de donde no las hay y en un alarde de aguante, con las voces rotas, entonan unas sevillanas dedicadas a su pueblo y a su Santo Patrón,

Ya llegó junio
se oye el tambor.
Alosno se prepara
para el gran día
para vivir su fiesta
con alegría.
En los ensayos
el tambor por las noches
con las mudanzas
“pa” que aprendan los niños
a bailar la danza.
Se baila el Pino
se reviven costumbres
y tradiciones
que un día nos enseñaron
nuestros mayores.

Alosno es Candela y Jacha
es Luminaria en enero,
es cirio y honda saeta,
penitente y nazareno.
Es Cruz en noche de mayo,
es caballo en Romería;
helecho y juncia en el Corpus
cascabel, Pino y Folia.
Alosno es tierra de artistas
lleno de historia y cultura,
es del fandango la cuna,
Alosno es San Juan Bautista

Alosnero, ¿qué te pasa?

que te encuentro muy "cambiao",
tu cara ya no es la misma
tus ojillos han "llorao".
¿Cómo quieres que no lllore?
sí yo nunca había "sentío"
la mirada de San Juan
diciendo:

ADIÓS, PUEBLO MÍO

Alosno, 23 de junio de 2008.

Ramón J. Díaz Pérez